

MATEO Y EL GOL DE SU VIDA



Acerca de este libro

On the eve of the 2026 World Cup in Mexico City, eight-year-old Mateo has a secret plan: to give his father the greatest Father's Day gift imaginable — a homemade ticket to watch their favorite team together, on the day the world comes to their city. When the plan leads to an unexpected adventure through the electric streets of a tournament-lit Ciudad de México, Mateo discovers that the best goals in life aren't scored alone.



Mateo



Diego



Elena



Doña Ceci

La ciudad se pone la camiseta

La ciudad se pone la camiseta

La noche antes de que la Copa del Mundo llenara de brillo a la Ciudad de México, Mateo se quedó pegado a la ventana del departamento. Abajo, las banderas de muchos países colgaban en los puestos, el metro rugía como tambor y hasta el aire parecía traer porras.

Tenía ocho años, unas rodillas siempre raspadas y un corazón que brincaba cada vez que su papá decía la palabra gol. Con Diego veía partidos en la tele, en el celular y hasta en una vieja radio. Para ellos, el fútbol cabía en cualquier sitio si lo miraban juntos.

Faltaba poco para el Día del Padre, y Mateo pensó que una taza o una corbata eran regalos demasiado callados para un papá que reía fuerte y cantaba los himnos aunque se le fueran dos notas. Él quería darle algo que sonara a estadio y oliera a recuerdo nuevo.

Entonces tuvo una idea tan grande que casi no le cupo en la cabeza: le haría un boleto especial, uno hecho por sus manos, para vivir la magia del Mundial en su propia ciudad. No sería un papel cualquiera. Sería una promesa de aventura para los dos.



Tijeras, cartón y secreto

Tijeras, cartón y secreto

Al día siguiente, en cuanto llegó de la escuela, convirtió la mesa del comedor en un taller secreto. Sacó cartón brillante, plumones verdes, tijeras chuequitas, pegamento y una cinta roja que había guardado desde Navidad. Parecía que iba a fabricar un pequeño estadio.

Con la lengua de fuera por la concentración, dibujó un boleto doble con letras muy formales: Entrada para Mateo y Papá Diego. Abajo puso la zona más importante del universo: Fila Abrazo, Asientos 1 y 2. Solo él pudo evitar reírse al escribirlo.

Cada vez que escuchaba las llaves en la puerta, cubría todo con su cuaderno de matemáticas, porque su papá jamás levantaba la tarea. Elena, su mamá, fingió no ver nada y hasta tarareó muy fuerte para avisarle cuando Diego iba llegando por el pasillo.

Mateo no quería regalar solo el boleto. También pensaba guiar a su papá por una ruta hecha con pistas, hasta un sitio donde pudieran ver juntos la fiesta del Mundial. Su plan olía a pegamento, a nervios y a una felicidad difícil de esconder.



Un tesoro en monedas

Un tesoro en monedas

Para que el regalo se sintiera todavía más real, Mateo abrió su alcancía de dinosaurio y dejó caer las monedas sobre la cama. Sonaron como una lluvia de metal. Las había juntado por meses: cambio de tortillas, domingos con la abuela y uno que otro premio por ordenar sus colores.

Con ese tesoro fue al mercado con Elena y compró una mica transparente, una calcomanía del balón oficial y un pin diminuto de la bandera de México. En los pasillos ya caminaban visitantes con camisetas de otros países, mirando todo con ojos redondos y felices.

Mateo sabía que su dinero no alcanzaba para un boleto de verdad, pero sí para detalles que hicieran serio su regalo. Eso le gustó. Un buen pase, pensó, no siempre abre una puerta de fierro; a veces abre una tarde completa, y eso vale más.

De regreso a casa, guardó las monedas que sobraron en el bolsillo y las apretó como si fueran un amuleto. Imaginó la cara de Diego al ver el boleto y casi empezó a correr de pura emoción. La ciudad sonaba enorme, pero su secreto sonaba más.



El boleto más importante del mundo

El boleto más importante del mundo

Esa noche escribió en la parte de atrás del boleto con su mejor letra, la que parecía ir de puntitas: Vale por una tarde entera juntos, sin prisas y con muchos goles gritados. Luego sopló la tinta, serio como un notario diminuto que firma asuntos muy importantes.

También dibujó un mapa sencillo del camino. Marcó una estación de metro, una plaza con banderas, un puesto de nieves y una estrella roja en el destino final. No sabía leer todos los nombres de las calles, así que agregó flechas gorditas, soles y un balón sonriente.

Cuando terminó, metió el boleto y el mapa en un sobre amarillo. Lo escondió dentro de una caja donde Diego guardaba unos tenis viejos de fútbol, tan gastados que parecían seguir recordando cada patada. Ahí el secreto quedó descansando como si ya respirara.

Antes de dormir, Mateo sintió un pellizco de duda. El boleto era de mentiritas, sí, pero lo que prometía no era falso. Prometía tiempo. Prometía caminar juntos cuando el mundo llegara a su ciudad. Con eso en la cabeza, se durmió sonriendo en la oscuridad.



Domingo de Padre

Domingo de Padre

El domingo amaneció con olor a chocolate caliente y pan tostado. Diego salió de su cuarto despeinado, en calcetines y con esa cara mitad sueño, mitad risa, que solo tenía en los días tranquilos. Mateo sintió mariposas tan fuertes que casi se le subieron a la nariz.

Le entregó el sobre con ambas manos. Diego lo abrió despacio, como si temiera romper algo delicado. Leyó el boleto, miró los asientos de la Fila Abrazo y soltó una carcajada limpia. Luego volvió a leer, esta vez más lento, y los ojos se le pusieron brillosos.

—Es el mejor boleto que he visto en mi vida —dijo, apretándolo contra el pecho como si fuera final de campeonato. Mateo notó que su papá no estaba jugando a emocionarse. De verdad lo estaba. Eso hizo que el regalo creciera dentro del cuarto.

Después del desayuno, Diego se puso su vieja playera verde de la Selección y guardó el boleto en la bolsa de su camisa. Mateo escondió el mapa en su short. Faltaban unas horas para salir, y cada minuto le sonó como un conteo antes del silbatazo inicial.



El metro del mundo

El metro del mundo

Cuando por fin bajaron al metro, la ciudad ya parecía un álbum abierto del mundo. En un mismo vagón había camisetas de Japón, Brasil, Argentina y Marruecos. Un niño llevaba una peluca azul, un señor tocaba un tamborcito y dos turistas intentaban decir chapultepec sin enredarse.

Mateo iba pegado a Diego, mirando todo con los ojos enormes. En cada estación entraban más cantos, más risas, más banderas amarradas como capas. El altavoz apenas ganaba la batalla contra las porras. A él le gustó pensar que el metro también estaba yendo a un partido.

Diego le compró cacahuates enchilados y una paleta de mango que empezó a gotearle por los dedos. Mientras se reían de ese desastre pegajoso, Mateo revisó su mapa por quinta vez. Todo iba saliendo bien. El plan, por fin, avanzaba como una jugada ensayada.

Al salir de la estación, un chorro de luz, ruido y colores los recibió en la cara. Había papel picado, vendedores de banderines y gente tomándose fotos con cualquier mural que tuviera un balón. Mateo respiró hondo. Su ciudad no solo veía el Mundial: parecía estarlo abrazando.



El sobre que decidió volar

El sobre que decidió volar

Entonces pasó lo que no estaba en ningún dibujo. Un viento travieso salió de la nada, le levantó el sobre amarillo del bolsillo y lo echó a correr por la banqueta. Mateo gritó, soltó la mano de Diego y salió detrás de él entre piernas, mochilas y sombreros gigantes.

El sobre brincó junto a un puesto de periódicos, dio media vuelta como pez en pecera y casi se metió bajo una carreola. Diego alcanzó a frenarlo con el pie, pero una salpicadura de refresco le cayó encima. Cuando lo abrieron, la tinta del mapa ya corría como río.

Las flechas se habían borrado. La estrella del destino parecía un tomate aplastado y el nombre de la estación final era un manchón azul. Mateo sintió que la garganta se le hacía chiquita. Había cuidado su plan durante días y ahora el plan parecía sopa de plumón.

Diego vio su cara y se agachó a su altura. No lo regañó ni puso voz de adulto preocupado. Sonrió un poco y dijo que, a veces, los mejores partidos cambian de jugada en el minuto más raro. Mateo no entendió del todo, pero decidió seguir corriendo a su lado.



La estación equivocada

La estación equivocada

Con el mapa hecho puré, padre e hijo trataron de recordar la ruta. Creyeron que era una línea verde, luego juraron que era una azul, y al final se subieron al tren que llegó primero. Mateo iba mordiéndose el labio, como si así pudiera atrapar el error antes de que creciera.

Se bajaron en una estación que no estaba en su plan. Afuera había un señor con un sombrero tan enorme que casi golpea el letrero del andén, y un grupo de aficionados cantaba tan fuerte que hasta una paloma salió volando, espantada y ofendida. Diego se echó a reír.

Mateo no pudo reírse. Bajó la mirada y dijo, muy bajito, que ya había arruinado el regalo. Diego se puso en cucullas, le acomodó la visera y le respondió que un día juntos no se arruina por perder una esquina. Lo único que se arruina, dijo, es dejar de disfrutarlo por miedo.

Entonces guardaron el sobre mojado y tomaron una decisión valiente: dejar que la ciudad les enseñara el camino. Si no podían seguir el plan de Mateo, seguirían el sonido de la fiesta. Y la fiesta, en esa tarde de Mundial, parecía brotar de cada calle y cada ventana.

ESTACIÓN
INCORRECTA →
WRONG STATION



Banderas en cada esquina

Banderas en cada esquina

Caminaron entre calles llenas de murales, puestos de elotes, bocinas y risas en muchos idiomas. En un balcón colgaban banderas como ropa feliz; en una pared, un balón pintado parecía ir directo al cielo. Mateo sentía que cada esquina tenía un color distinto y una sorpresa nueva.

Una mujer con jersey rojo le regaló una estampita de Marruecos. Más adelante, un brasileño tocó un ritmo rapidísimo en su pandero, y una familia argentina invitó a todos a repetir un canto que Mateo no entendió completo, pero sí supo gritar con mucho entusiasmo.

Diego iba señalando detalles que él nunca había notado: un antiguo reloj sobre un edificio, un vendedor que hacía silbar sus globos, un niño que pateaba una naranja como si fuera balón. Poco a poco, Mateo dejó de buscar la ruta perdida y empezó a guardar escenas.

Su sorpresa ya no parecía un recorrido exacto, sino una cacería de momentos. Cada paso les daba algo: una foto, un olor, una risa, una palabra nueva. El Mundial estaba en las pantallas, sí, pero también en la calle, mezclado con la ciudad como salsa en unos buenos tacos.



Una torta y un nudo en la garganta

Una torta y un nudo en la garganta

Al caer una llovizna tímida, se refugiaron en un puesto de tortas bajo una lona rayada. La señora que atendía, Doña Ceci, les puso servilletas extras y una sonrisa de esas que hacen espacio. Afuera seguían pasando cánticos y bocinazos, pero ahí dentro había una pausa calentita.

Mateo mordió su torta de milanesa sin mucha hambre. Después confesó lo que le pesaba desde que el sobre voló: él había soñado con dar un regalo perfecto, casi como un boleto real, y en cambio los había perdido. Las palabras le salieron apretadas, junto con un nudo que casi era lágrima.

Diego tomó su vaso de agua de jamaica, pensó un segundo y dijo que la perfección sirve poco cuando se trata de querer a alguien. Los regalos, explicó, no se miden por el precio ni por una puerta que se abre con código. Se miden por el tiempo que uno regala sin distraerse.

Doña Ceci, que fingía limpiar la plancha pero escuchaba todo, les regaló dos rebanadas de aguacate extra como si fueran medallas verdes. Mateo soltó una risa pequeña. No solucionaba el mapa, pero sí deshacía el nudo. A veces, un corazón se arregla primero que un plan.



El partido de hace muchos años

El partido de hace muchos años

Mientras afuera la lluvia se iba, Diego le contó un partido de cuando él era niño. Su papá, el abuelo de Mateo, no tuvo dinero para viajar ni para entrar a un estadio. Así que escucharon la transmisión en una radio chiquita, sentados en la azotea, mirando solo el cielo.

Cada narración los hacía imaginar más. Donde el locutor decía tribuna, ellos veían olas de gente. Donde decía disparo, ellos casi sentían el temblor en las piernas. Cuando llegó el gol, gritaron tan fuerte que una vecina creyó que se habían ganado la lotería. Nunca olvidaron esa tarde.

Diego dio otro sorbo y miró a Mateo con mucho cariño. Le dijo que hoy estaba sintiendo algo parecido, pero todavía más grande, porque ahora caminaba por una ciudad llena de banderas con su propio hijo. El regalo no se había roto. Solo había cambiado de forma, como nube buena.

Mateo miró el sobre manchado sobre la mesa. Ya no le pareció un fracaso. Le pareció una señal de que el día estaba vivo, moviéndose, inventando cosas. Y si el día seguía vivo, entonces todavía podía guardar una sorpresa que valiera la pena recordar por años.



Luces cerca del Azteca

Luces cerca del Azteca

Cuando salieron de nuevo, el cielo ya se había puesto morado y naranja. Siguieron la corriente de aficionados hasta una avenida desde donde se veían luces potentes, policías acomodando el paso y un resplandor que hacía latir rápido el pecho. Por un momento, Mateo creyó que aún llegarían al lugar soñado.

Pero en la entrada de la zona para ver el partido un guardia amable les explicó que ya no cabía nadie más. Adentro se escuchaban tambores y gritos; afuera, Mateo sintió que el piso se volvía un poquito más pesado. Habían estado tan cerca que dolía como tiro al poste.

Entonces oyeron otra clase de porra, menos enorme y más cercana. Venía de una calle lateral, donde una cancha vecinal brillaba con focos colgados y una sábana blanca hacía de pantalla. Unos niños agitaban banderines y una señora movía una olla de elotes como si dirigiera la fiesta.

—¡Todavía hay lugar para dos! —gritó alguien desde la reja. Diego miró a Mateo. Mateo miró la cancha. Sin decir casi nada, los dos sonrieron al mismo tiempo. A veces la ciudad no te abre la puerta grande, pero te invita por una más pequeña y mucho más cálida.



La cancha de todos

La cancha de todos

La cancha estaba llena de vecinos, viajeros y familias sentadas en sillas desparejas, cubetas volteadas y hasta en un diablito de carga. Sobre la malla colgaban banderas de muchos países, y el olor a elote, limón y pasto húmedo hacía sentir que la noche tenía hambre y alegría.

Diego y Mateo consiguieron dos sillas azules en primera fila. Antes de sentarse, Diego sacó el boleto hecho a mano y lo acomodó con cuidado en la bolsa de su camisa, como quien guarda un tesoro que debe ver el partido también. Mateo notó ese gesto y se le encendió la cara.

Cuando los jugadores salieron a la pantalla, toda la cancha se puso de pie. Sonó el himno, algunos cantaron fuerte, otros desafinados, y Mateo abrió la boca tan grande que casi se quedó sin aire. Nunca había sentido su ciudad tan pequeña y tan inmensa al mismo tiempo.

Ahí entendió algo raro y bonito: la magia no había llegado cuando su plan salió perfecto, porque nunca salió perfecto. La magia llegó cuando el día se dejó mover y aun así los mantuvo juntos. Ningún mapa suyo habría dibujado una cancha así, ni una alegría tan compartida.



El gol de su vida

El gol de su vida

El partido fue apretado y emocionante. Cada llegada hacía brincar a la gente completa, como si la cancha de cemento se hubiera vuelto trampolín. Mateo pateaba el aire desde su silla; Diego apretaba su mano en las jugadas difíciles y luego la soltaba para aplaudir como si tuviera cuatro brazos.

Faltando poco, vino la jugada que todos iban a contar después. Centro al área, rebote loco, disparo cruzado y red temblando. La pantalla se llenó de abrazos, y la cancha también. Volaron servilletas, un señor tocó una cacerola y alguien gritó gol con una voz larguísima y feliz.

Diego levantó a Mateo hasta ponerlo sobre sus hombros. Desde arriba, él vio focos, banderas, caras mojadas de emoción y la noche de Ciudad de México brillando alrededor como un estadio sin techo. Sintió que el pecho le hacía pum, pum, pum, al ritmo de miles de pasos.

—¡Es mejor que un boleto de verdad! —gritó Mateo, rojo de tanto cantar. Diego lo sostuvo de las piernas y respondió que sí, porque este partido, este camino y este abrazo ya eran de ellos. Nadie se los podía quitar, ni vender, ni borrar con un poco de lluvia.



El regalo de verdad

El regalo de verdad

Más tarde, caminaron de regreso con el cansancio feliz pegado a los zapatos. El metro venía menos lleno, pero seguía llevando bufandas, risas dormidas y uno que otro canto tardío. Mateo tenía los bolsillos llenos de estampitas, una servilleta convertida en confeti y el corazón muy despierto.

Antes de bajar en su estación, Diego sacó el boleto casero, ahora un poco arrugado, y lo guardó en la cartera detrás de su credencial. Le dijo a Mateo que en los días pesados iba a abrirla solo para recordar esa tarde. Era un papel pequeño, sí, pero cargaba un mundo entero.

Mateo apoyó la cabeza en su brazo y pensó que los mejores goles no siempre se meten con los pies. A veces se hacen entre dos personas que se pasan tiempo, paciencia, risas y cariño hasta dejar la vida llena de eco bonito. Ese gol, entendió, no cabe en ningún marcador.

Esa noche, ya en su cuarto, oyó a lo lejos otro grito de estadio viajar por la ciudad. Sonrió en la oscuridad. Su regalo para el Día del Padre no había sido entrar a un sitio. Había sido abrir un recuerdo. Y en la Ciudad de México, durante el Mundial, ese recuerdo brilló como copa propia.





Hecho con  en  por Plyx



Escanea para tu edición digital y de audio